

# El encuentro entre Oriente y Occidente

---

James George

**H**oy, a mediodía, he sido testigo de uno de esos momentos poco comunes de «encuentro» entre Oriente y Occidente. Sin embargo, sentado frente a mi escritorio para registrar este evento transcurridas tan sólo unas pocas horas, soy consciente de que la labor excede mis capacidades, y que seré tan incapaz de reproducir todo el sabor de este encuentro con todos sus matices y su frescura, como de conocer el estado interior de los dos personajes participantes en este —al menos para mí— diálogo histórico. También, debo confesar que aunque hubiera tenido una grabadora, no me hubiera sido de gran ayuda, ya que mucho de lo sucedido en este encuentro tenía lugar en un nivel no-verbal. Dicho esto, y aceptando la subjetividad de mi percepción, permítanme tratar de relatarles exactamente lo que ocurrió.

El doctor Javad Nurbakhsh, Maestro de la Orden Nematollâhi y director del departamento de psicología de la Universidad de Teherán, había invitado el domingo a almorzar, en el Centro Sufí Nematollâhi en el sur de Teherán, al profesor Henry Corbin, en compañía entre otros del doctor S.H. Nasr, rector de la Universidad Âriyâmehr de Teherán, de Sir Peter Ramsbotham, embajador británico en Irán, de William Chittick, reconocido investigador americano sobre el sufismo, y de mí mismo. El doctor Nasr había venido con Sir Peter, y yo con el profesor Corbin.

Después de un caluroso abrazo, el doctor Nurbakhsh acomodó, al estilo occidental en sillas, al profesor Corbin y a Sir Peter, que no estaban acostumbrados a sentarse en el suelo, y

los demás nos sentamos en el suelo como se sientan los sufíes, con las piernas cruzadas o arrodillados.

En seguida nos trajeron té, y con él, una docena de nuevas publicaciones del Centro Nematollâhi supervisadas por el doctor Nurbakhsh, que éste presentó al profesor Corbin. ¿No era ésta acaso la forma más natural de empezar a hablar sobre sufismo? Pero sin embargo, en ese momento, algo más estaba gestándose.

De repente, en un instante, en medio de nuestra conversación sobre los libros, el doctor Nurbakhsh lanzó al profesor Corbin la siguiente pregunta, «¿Qué es un sufi?» Más que ningún otro investigador occidental del sufismo, el profesor Corbin podría haber descrito la vida y obras de todos los grandes maestros sufíes persas de los últimos 1300 años; sin embargo, ante la presencia de un representante vivo de esta tradición, el profesor Corbin se quedó mudo. Era como si ni siquiera hubiera oído la pregunta. Nuestra conversación prosiguió hablando de nuevos libros, nuevas traducciones, programas de investigación, etc...

Al rato, nos invitaron a pasar a otra habitación para ofrecernos una exquisita comida iraní. Después del almuerzo, regresamos al primer lugar, y mientras nos servían té y frutas, el doctor Nurbakhsh intentó transmitir parte de su propia percepción y experiencia en la senda sufi al profesor Corbin y a todos nosotros. Sin duda alguna ningún otro investigador occidental merecía tanto como el profesor Corbin ser objeto de esta transmisión por parte de un maestro de la Senda, dado que había dedicado gran parte de su vida, con gran entusiasmo

y esfuerzo, a presentar en Occidente la traducción de las mejores obras clásicas del sufismo persa. En realidad sus esfuerzos habían dado origen a la aparición de una nueva generación de filósofos, tanto en Occidente como en el mismo Irán, capaces de apreciar a los grandes maestros sufíes persas, que en su mayoría habían sido ignorados tanto en Oriente como en Occidente.

«Un hombre perfecto —dijo el doctor Nurbakhsh— es aquel que conoce a Dios. Pero, ¿cómo puede Dios ser conocido? No a través de la palabra, ni mediante la mente y el intelecto, sino sólo por el amor».

El profesor Corbin interpretó estas palabras del doctor Nurbakhsh como un desafío hacia su persona y pasó a defenderse lo mejor que pudo. Interpretó que lo que estaba ocurriendo era un ataque contra la facultad de la inteligencia racional del hombre, que para él eran los cimientos de su trabajo y de su propia vida. ¿Estaba acaso el doctor Nurbakhsh situando al amor por encima de la razón, de la gnosis, de la verdad? Ciertamente, Dios tenía que crear a las criaturas —y al hombre en particular— para conocerse a Sí mismo a través del conocimiento de éstas sobre Él, lo cual, para el profesor Corbin, significaba ser conocido por la mente del ser humano, por su inteligencia. La dualidad era necesaria, incluso referida a Dios, y para el hombre, como dijo Ibn ‘Arabi, la realidad de la dualidad debía preceder al conocimiento de la Unicidad. ¿Sin la existencia del sujeto y del objeto, podría darse la trascendencia del Ser?

Por supuesto, ninguno de estos argumentos eran satisfactorios para nuestro Sufí. Él nos contó la historia de un derivate que preguntó a su maestro cuál de los Nombres de Dios era Su Nombre supremo. El maestro le contestó: «aquello que permanece cuando tú te has vaciado de todo cuanto conoces como tu “yo”».

En el intercambio que tuvo lugar a continuación entre el Occidental intelectual y el Oriental enamorado, era totalmente obvio para todos los presen-

tes, excepto para el profesor Corbin, que el maestro, aun siendo treinta años más joven, con extrema delicadeza y amabilidad, le había dejado sin defensa.

Haciendo referencia a una de las obras del profesor Corbin sobre Ruzbahān, en la que este gran filósofo y poeta persa describe cómo ha visto a Dios en su éxtasis con estas palabras, «vi a Dios bajo la más bella de las formas», pregunté a ambos cual podría ser esa forma, ya que, añadí, no podía imaginar a Dios bajo ninguna forma. Para el profesor esa forma era claramente el amor humano, y en su confirmación citó las palabras de Ibn ‘Arabi donde dice que en la culminación del viaje interior uno

*Quizás sólo los locos de Dios  
son realmente capaces de amar,  
de amar locamente. Los demás  
hablamos de ello, o escribimos  
sobre ello, o pensamos en ello.  
Pero eso es distinto.*

puede conocer a Dios como la Unicidad absoluta, y esto es cuando el gnóstico trasciende al enamorado, al amado y al amor mismo.

El doctor Nasr amplió la cita de Ibn ‘Arabi, haciendo alusión a su doctrina casi tántrica, del amor entre el hombre y la mujer como el ejemplo supremo de cómo la unión de los opuestos puede conducir —si bien de forma transitoria— a la experiencia de la unidad. Aquí también, como venía diciendo el profesor Corbin, un metafísico encuentra la prueba del paso, en la experiencia humana, de la dualidad a la unidad, aunque también se pueda explicar ontológicamente en los términos de la creación, en el principio, del hombre y de la mujer.

Esto dio lugar a una enérgica respuesta del doctor Nurbakhsh que descalificó, por ser puramente intelectual, cualquier autoridad, cualquier libro o cualquier proceso que lo definiera con

palabras. Según él, toda descripción de la Realidad Suprema mediante palabras representa de hecho una limitación, y por tanto, BASTA. Olviden a Ibn ‘Arabi y a todos los demás filósofos. La Realidad fue Uno al principio y será Uno al final, Uno antes y Uno después, Uno ahora y para siempre, Uno. Incluso hablar de la tríada del enamorado, el amado y el amor es un velo que nos separa de la experiencia directa.

Cuando el profesor Corbin intentó explicar que esto era dualidad en la Unidad y Unidad en la multiplicidad, el maestro le replicó que toda descripción de la Realidad, más o menos satisfactoria para nuestra manera de pensar, podía parecer muy bella, pero que en realidad no representaba nada, ya que no era más que una idea, «mi idea». (Lo que lo era todo para Corbin, no era nada para Nurbakhsh, y viceversa. Este era el punto crucial).

«Entonces —dijo el profesor Corbin— ¿porqué escribe y publica libros?» «Para pasar el tiempo», contestó Nurbakhsh riéndose. ¿Qué más añadir?

Todo este diálogo fue como una versión moderna del clásico debate de Qazālī sobre el amor y el intelecto. Después de haber sido testigo hoy de este diálogo, estoy más convencido que nunca que todo aquello que le atribuyen a Qazālī fue escrito después de una reflexión intelectual más que por inspiración del mismo amor. El pensamiento —incluso el más elevado de los conocimientos metafísicos— jamás puede conducirnos a esa fuente de Conocimiento que se manifestaba en forma de intensos destellos en los ojos de nuestro Sufí «loco».

Durante la comida habíamos hablado un poco sobre qué debe morir<sup>2</sup> [hace alusión al anonadamiento del alma en Dios]. Tanto el cristianismo como el islam dan una gran importancia a periodos de *cuarenta días* de ayuno y purificación. Como ejemplo de ello podemos recordar cuando Cristo fue tentado en el desierto, o cuando el Profeta del islam se preparaba para ser el vehículo del mensaje de Dios. El doctor Nasr añadió que en el

sistema numérico de los sufíes, tanto en persa como en árabe, la letra «M» (la primera letra de la palabra persa *marg*, es decir la muerte, el anonadamiento) tiene un valor numérico de 40 (la misma letra se encuentra en las lenguas europeas en palabras como «mort», «muerto», y «morder» o «mordiente»).

¿Puede un camello pasar por el ojo de una aguja? ¿Puede un hombre rico en «ideas» abandonar todos sus conceptos intelectuales con el objetivo de ver a Dios? Para que este acto de abandono no se convierta, a su vez, en otra «idea», quizás la persona deba estar muy próxima a lo que el mundo, tanto occidental como oriental, califica como «loco».

Quizás sólo los locos de Dios son realmente capaces de amar, de amar locamente. Los demás hablamos de ello, o escribimos sobre ello, o pensamos en ello. Pero eso es distinto.

Apenado, pero con un verdadero sentimiento humano y con mucho respeto, el doctor Nurbakhsh despidió al profesor Corbin. En el coche, mientras llevaba a su casa al profesor, su mente justificadora continuó con su argumentación, afirmando que los sufíes están privados de estabilidad, que niegan la vida, y que están tan absortos en la Unidad divina del Ser supremo que descuidan la tierra que pisamos. Puede que los místicos experimenten bellas visiones —añadió el profesor— pero, sin embargo, sólo los filósofos gnósticos, mediante el conocimiento, son capaces de juntar en el hombre el cielo con la tierra.

Aun cuando esta interpretación pueda ser cierta en un determinado nivel, no me cabe duda de que en un nivel mucho más profundo, Corbin también fue tocado de una forma que probablemente su brillante mente jamás llegó a conocer conscientemente, pero con seguridad fue tocado.

Los sufíes dicen: «*Muere* antes de morir». Pero nosotros, en Occidente, estamos tan absolutamente dominados por nuestra mente que ni siquiera somos capaces de parar de hablar un minuto para percibir, al margen de las palabras, su significado interior. ¿Quién debe morir? ¿Quién soy yo? ¿Quién? ¿Después de este *Morir*, de este anonadamiento, queda algo? Nada...Eso es todo.

Unos días más tarde, volví a visitar

## LOS ENAMORADOS

*Están ahogados los enamorados en el mar del amor,  
caídos ebrios en los tumultos del amor.*

*Se han agarrado con sus manos a la falda de la Amada,  
con sus cabezas reclinadas para siempre a los pies del amor.*

*El enamorado, la Amada y el amor se han convertido en uno,  
no hay nada en nuestra mente, excepto la pasión del amor.*

*El amor de la Amada es la luz de los ojos de los enamorados,  
¿cuándo elegimos la razón en lugar del amor?*

*Nuestra tarea de enamoramiento ha provocado escándalo,  
busca la causa de esta infamia en la esbeltez del propio amor.*

*Miles de medicinas sean sacrificadas por esa pena sin cura,  
ojalá esté apenado nuestro corazón para siempre por el amor.*

*Somos el rey de los enamorados y  
somos el mendigo de la vecindad del amor.  
¡Mira qué extraño, que el mendigo se convirtiera  
en rey de la vecindad del amor!*

*El amor de la Amada está en el alma,  
la pena de la Amada está en el corazón,  
Nematollāh fue arrebatado y enloquecido a causa del amor.*

Diwan de Shāh Nematollāh

al doctor Nurbakhsh. Cuando mencioné el nombre del profesor Corbin, movió sonriendo la cabeza, como reconociendo que a pesar de sus intentos no había conseguido abrir el camino al interior de Corbin. «Toda la vida —dijo el doctor Nurbakhsh— la gente le ha dicho: “*Monsieur le Professeur, vous avez raison*” (profesor, tiene usted razón)». «Sí», asentí, «ese es su problema». (Y, de paso, descubrí que era también mi propio problema, y que las palabras del doctor Nurbakhsh iban, sin duda, también dirigidas a mí).

Hablamos luego acerca de otra persona que había intentado, sin conseguirlo, ver al doctor Nurbakhsh. «Es un buen hombre», intercedí ante el Maestro, y él respondió, «todo el mundo es bueno, pero yo no busco a la gente buena, sino a la gente loca».

¿Es posible que dos niveles diferentes —como dos líneas paralelas— se encuentren en el infinito? No mediante el intelecto, sólo gracias al amor de Dios.



### Nota

1. Famoso teólogo y sufí persa, más conocido en Occidente como al-Gazal.
2. Se refiere al concepto de *fanā*, el anonadamiento del alma en Dios, de los sufíes.

